

## Introducción

### 1. Contexto histórico

Para los datos biográficos remitimos a lo presentado en *Enseñanzas para los laicos...*<sup>2</sup>. Recordamos que san Cesáreo nació en Châlon-sur-Saône (470), Burgundia. No se saben los motivos por los que se dirigió al sur de la Galia donde, después de haber seguido estudios clericales, entró en el monasterio de la isla de Lérins (frente a la actual ciudad de Cannes). Sin embargo al poco tiempo debió dejarlo, pues su salud no resistía las grandes austeridades de esa colonia de monjes semi-anacoretas. Se dirigió a Arlés, donde siguió su carrera eclesiástica y, después de ser ordenado sacerdote, fue hecho abad de un monasterio y finalmente nombrado obispo en el año 500.

Sin embargo su amor por la vida monástica se mantuvo siempre vivo, igual que su admiración por la colonia monástica de Lérins.

En Arles fundó un monasterio para monjas, en el que fue superiora su hermana y para quienes escribió una Regla por él llamada: *Regula sanctorum virginum*. Sobre esa base redactó la Regla para los monjes, un breve escrito con gran influencia de la Regla de san Agustín.

Sin embargo los Sermones a los monjes son los más ricos en cuanto a la doctrina monástica que encierran. Se han conservado seis que llevan, en la colección de sus sermones,

## Sermones de san Cesáreo de Arlés a los monjes (470-542)<sup>1</sup> Primera parte

CuadMon 140  
(2002) 219 - 235

<sup>1</sup> Introducción, traducción y notas del P. Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina)

<sup>2</sup> *CuadMon* n° 140 (2002), pp. 67-97.

los números 233-238, a la que se agrega una homilía dirigida a los monjes. Fueron escritos entre los años 502-512.

El padre Adalbert de Vogüé ha señalado que muy probablemente estos dos monjes se conocieron mientras vivían, uno en Arlés y el otro en Montecasio<sup>3</sup>. El posible contacto se debe a que el patricio Liberius, prefecto de las Galias del 508 al 536, amigo de Cesáreo<sup>4</sup>, fundó un monasterio en la Campaña cuyo abad fue Servandus, amigo de san Benito<sup>5</sup>.

Esta relación explicaría las semejanzas que tienen los dos autores cuando desarrollan los temas principales de la doctrina monástica y, a su vez, legislan acerca del Oficio Divino. Sin embargo la mayor y más importante cercanía se da en la doctrina que los dos exponen acerca de la salmodia y la oración personal. Ello ha permitido a los estudiosos aclarar el pensamiento de uno con el del otro<sup>6</sup>. Sin embargo no hay ningún indicio literal del uso del uno por el otro. Eso no quita valor en cuanto al enriquecimiento de la tradición benedictina por su doctrina. Cada vez es más notorio el patrimonio común de una doctrina monástica que acompañó a monjes de un período determinado de la historia de la Iglesia y que, aunque viviendo en regiones muy distantes y con lenguas distintas, hicieron uso de las mismas fuentes o bien presentaron una misma síntesis doctrinal.<sup>7</sup>

## 2. Doctrina monástica

El punto tal vez más importante en la doctrina de Cesáreo de Arlés es la humildad. En sus escritos esta virtud fundamental del monje se manifiesta con toda su riqueza teológica y espiritual. Esa riqueza no es otra que la manifestada en el Concilio II de Orange (529), convocado y presidido por el mismo Cesáreo, y que pasa a ser un hito en la doctrina de la gracia de la Iglesia de occidente hasta el día de hoy. Se debe recordar que tanto por el contexto geográfico e histórico (sur de Galia), como por las disputas del siglo VI, el pelagianismo seguía vigente en una forma más atenuada, aunque igualmente heterodoxa. Esas discusiones tuvieron fin gracias a dicho

<sup>3</sup> CESÁREO DE ARLÉS, *Oeuvres monastiques*, Paris 1988 (Sch 345) 128, n. 4.

<sup>4</sup> Cf. CIPRIANO DE TOULON, *Vita Caesarii II*, 10-15.

<sup>5</sup> GREGORIO MAGNO, *II Libro de los Diálogos* 35,1.

<sup>6</sup> Cf. A. de VOGÜÉ, *La Regla de san Benito. Comentario doctrinal y espiritual*, Zamora 1985, 194-206.

<sup>7</sup> Por ejemplo el estudio de N. EGENDER: *Dorotheo de Gaza y Benito de Nursia*, en *CuadMon* 126 (1989) 273-290.

Concilio y a la forma que en Cesáreo presentó la teología agustiniana, cosa que el mismo Agustín, en vida, no había conseguido.

Pero se debe tener en cuenta que esa doctrina de la gracia estuvo hermanada a la de la humildad, tanto de Cristo como la del cristiano, y que ello, a su vez, fue fruto de una sana experiencia espiritual que manifestaron estos monjes del siglo VI, particularmente en el entorno de Cesáreo como de Benito de Montecasino, dando un claro testimonio de lo que posteriormente se llamó “teología monástica”, donde las verdades no son simplemente el fruto de una especulación abstracta, sino también de una experiencia vital, no sólo conocida, sino también sufrida.

#### a. La fuente bíblico-litúrgica

Cuando Cesáreo se formaba como monje en la escuela de Lérins, ya estaba bien difundida la imagen del monje como imitador del “manso y humilde de corazón” (cf. *Mt* 11,28-30). Al menos tenemos el testimonio de Casiano, quien escribe cien años antes para los monjes de esa región y que termina todas sus 24 conferencias con ese retrato del monje seguidor del “manso y humilde” (cf. *Colación* 24,22).

Es con esa referencia al texto de Mateo que Cesáreo funda su enseñanza acerca de la humildad en su Sermón 33:

«Escuchemos al Señor que dice: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (*Mt* 11,29). No ha dicho: Aprendan de mí a construir el mundo, a resucitar a los muertos y a realizar otros prodigios, sino: “que soy manso y humilde de corazón”» (*Serm.* 33,4).

Esta imagen del monje se encuentra ampliamente difundida en el mundo monástico del siglo VI. Testigos de esto son los textos de la Regla de Eugipio (c. 29), la Regla del Maestro (La Parábola de la Fuente), Doroteo de Gaza (*Conferencia* I). Sin embargo el texto de Cesáreo nos da una pista más, pues está inspirado en una catequesis bautismal de san Juan Crisóstomo (*Cat.* 1) en la que el bautizado es llamado a dejar el yugo del pecado para abrazar el de Cristo, que es “suave y llevadero”<sup>8</sup>. Esa imagen pertenecía al mundo del sacramento del bautismo, al cual se mantuvo siempre tan unido la espiritualidad monástica.

Por eso el bautismo es el verdadero fundamento bíblico-litúrgico de la humildad, como clave central de la vida del monje, en los escritos de

---

<sup>8</sup> Es llamativo que DE VOGÜÉ no señale esa referencia en la edición de los *Sermones* en *Sources Chrétiennes* (cf. CESÁREO DE ARLES, *Oeuvres monastiques*, Paris 1988 [Sch 345], 67)

san Cesáreo.

*b. La humildad y la gracia*

Como decíamos arriba, el fruto de la humildad es, para Cesáreo, no sólo una verdadera comprensión de la gracia sino también un saber recurrir a ella como la fuente misma de toda vida espiritual. Con ello se quiere decir que, en las enseñanzas de Cesáreo la gracia es la que antecede, la que sostiene, y la que consume todo buen propósito, incluía la misma perseverancia del monje hasta el fin.

“Por supuesto, nos regocijamos de todo aquello que Dios ha puesto en ustedes y viendo todo lo que realizan fielmente con su gracia, no tendremos la temeridad de darles consejos: sin embargo hay algo, que sin riesgo de inconveniencia, podemos recomendar a su caridad y es: que aquello que con la inspiración de Dios ustedes han comenzado fielmente, lo lleven virilmente con su ayuda, a un glorioso término. Porque no es aquel que comienza sino *aquel que haya perseverado hasta el fin, será salvo* (Mt 10,22) [Ser. 233,2].

En este párrafo Cesáreo señala a los monjes un programa de vida que sigue perfectamente la doctrina de la gracia por él defendida: es Dios quien ha comenzado la obra de la santidad y se le debe pedir que conceda la perseverancia hasta el fin. Por eso en sus sermones son más que habituales las expresiones como “con su ayuda” (*ipso adiuvante*), o “con su auxilio” (*adiutorio suo*). Cada vez que aparece uno de ellos no se debe a una muletilla del autor, sino a una definición del papel de la gracia que, en vida de Cesáreo fue confirmada como aquella que inicia, desarrolla y lleva a su fin la fe del cristiano y la vida del monje. Y con ello Cesáreo estaba contradiciendo parte de la doctrina de Casiano quien había afirmado en su famosa *Colación XIII* que es la buena voluntad del hombre la que debe dar comienzo al movimiento de fe que lleva a que sea escuchado y recibido por Dios, quien completa la obra así comenzada. A partir del Concilio de Orange la gracia inicial, la que es fuente de la conversión, tanto del querer como del obrar efectivo, es desde ahora dogma de fe<sup>9</sup>.

*c. La gracia y las buenas obras*

Toda esa doctrina de la gracia ha quedado sintetizada en una oración colecta que, hasta el día de hoy, la Iglesia utiliza el día siguiente al ~~Miércoles~~ de Ceniza y en Laudes de feria *per annum*:

<sup>9</sup> Canon 3 (Denzinger B., *Enchir.* 179).

“Nuestras acciones, te pedimos Señor, inspirando anticipa y ayudando síguelas, para que nuestro obrar siempre empiece en ti y por ti asumido sea llevado hasta el fin (*Acciones nostras, quaesumus Domine, aspirando praeveni et adiuvando prosequere, ut cuncta nostra operatio a te semper incipiat et per te coepta finiatur*)”.

El gran dilema de carácter pelagiano acerca de quién obra primero, Dios o el hombre, ahora es resuelto por el reconocimiento de que hay un solo obrar, que es de Dios y del hombre al mismo tiempo. Las obras son de Dios y del hombre sin una jerarquización cronológica, sino ontológica. Esta nueva perspectiva otorga a las obras un valor que supera ampliamente su carácter humano, imperfecto por naturaleza. Las obras ahora son fuente de la presencia de Dios y por ello mismo son sacramento de purificación del alma. Son el canal de la gracia por excelencia.

De este modo la sana concepción de la naturaleza de la gracia impide al hombre caer en el orgullo<sup>10</sup>, pensando que son suyas las obras que realiza el Señor (*opera Dei*):

“Observando una verdadera caridad y una perfecta humildad y obediencia, no caigamos en la audacia de atribuirnos nada como proveniente de nuestros propios méritos” (*Ser.* 234,3).

El término *opus Dei* adquiere, en este comienzo del siglo VI, un valor muy importante como nombre técnico para designar tanto las obras del cristiano como también su origen litúrgico-sacramental: el Oficio Divino. El siguiente pasaje de Cesáreo es representativo de ese modo de pensar:

“Que nadie se enorgullezca de su esfuerzo personal, sino que deposite su confianza en la gracia divina: que nadie crea que la virginidad, la lectura, la oración, las vigilias o el ayuno les proporcionará alguna ventaja, sino existen la caridad y la obediencia: ya que así como la carne no puede vivir sin el alma, lo mismo acontece con

---

<sup>10</sup> Algo similar le ocurre a san Benito quien, en el Prólogo de su Regla dice: “Estos son los que temen al Señor y no se engrían de su buena observancia, antes bien, juzgan que aun lo bueno que ellos tienen, no es obra suya sino del Señor, y engrandecen al Señor que obra en ellos, diciendo con el Profeta: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*. Del mismo modo que el Apóstol Pablo, que tampoco se atribuía nada de su predicación, y decía: *Por la gracia de Dios soy lo que soy*. Y otra vez el mismo: *El que se gloria, gloriase en el Señor*” (vv. 29-32).

las otras virtudes, sin la caridad podrán tener una apariencia pero no podrá ser una realidad” (Ser. 234,3).

Pero, así como las obras de Dios se manifiestan en obras concretas del hombre, del mismo modo la gracia del inicio de la fe y de la conversión adquieren un carácter muy concreto, se da por mediciones muy claramente humanas. Y la más directa es la corrección. Ya san Agustín en las tres obras que escribe antes de morir a los monjes de Adrumeto y de la Galia, consideradas por el P. Trapé una verdadera síntesis de sus enseñanzas<sup>11</sup>, presenta la corrección como el instrumento principalísimo de la gracia. Cesáreo dice:

“Pero cuando alguien se permite cometer un pecado contra Dios, hay que actuar con él según el rigor monástico. Esto debe hacerse con espíritu de bondad y dulzura, a fin de que la corrección realizada en este mundo por un castigo espiritual evite la muerte en el mundo por venir. En efecto, todo pecado que no es corregido en este mundo recibirá su castigo en el siglo futuro. Es así, que la divina Escritura lo recuerda refiriéndose al hijo y al servidor: *Tú lo golpearás con la vara, dice, y librarás su alma del infierno*” (Pr 23,14)<sup>12</sup> [Ser. 235,3].

Los temas de la corrección y de la enmienda aparecen continuamente en los escritos de Cesáreo. No se trata de un simple sistema pedagógico humano. La corrección es canal de gracia, el más profundo, y toca al hombre por la humillación transformándose en fuente de conversión.

Esta naturaleza divina de las obras del monje no quita en absoluto el carácter meritorio de los actos. Las obras no sólo son redentoras, para él y para la Iglesia, sino que también hacen al monje merecedor del premio divino:

“Así, puesto que creemos con alegría que aguas vivas fluyen de ustedes como fuentes espirituales, rieguen a aquel que está en la sequía, sacien al famélico, den fuerza al que está fatigado, laven al

---

<sup>11</sup> TRAPÈ A., S. *Agostino: introduzione alla dottrina della grazia, vol.ii. Grazia e libertà*. Roma 1990, 319. Las obras de san Agustín referidas son: *La gracia y el libre arbitrio; La corrección y la gracia; La predestinación de los santos y El don de la perseverancia*.

<sup>12</sup> San Benito, en el c. 2 de su *Regla* acerca del abad, no sólo señala la corrección como una tarea esencial de su cargo, sino que también lo fundamenta con el mismo texto de *Proverbios* 23,14, que no está en su fuente de la *Regla del Maestro*.

manchado por innumerables negligencias y, como buenos y espirituales discípulos de este médico celestial, concédanles los sufragios de sus oraciones, adminístrenles los remedios de sus sublimes méritos” (*Ser.* 236,2).

Podríamos seguir recorriendo las enseñanzas de Cesáreo acerca de la gracia y la santidad, sin embargo nos encontraríamos que no dice nada nuevo, que no sea ya conocido. Pero ello se debe a que la Iglesia toda, desde este comienzo del siglo VI, asume su enseñanza y doctrina, haciendo de él el verdadero padre de la espiritualidad cristiana.

### Textos<sup>13</sup>

#### Sermón 233

*Cesáreo, Obispo a los santos señores y hermanos bien amados en Cristo, residentes del Monasterio de Blandiacum*

1. El santo y venerable Padre Aregio me han hecho un pedido respetuoso y humilde, en verdad, pero casi desatinado: quiere que les dirija a ustedes un discurso de exhortación. Y al desear que les trasmita aquello de lo que no tienen necesidad, Aregio me cubre de confusión. ¿Les diré yo con mis palabras aquello que ustedes, por sus actos, nos demuestran con brillantes ejemplos? ¿Les diremos *No amen al mundo* (1 Jn 2,15) cuando sabemos que, con todo su deseo, ustedes lo desprecian en la plenitud de la fe y la generosidad? ¿Les diremos que desprecien las pompas cuando ya, a Dios gracias, las han arrojado como basura y estiércol? (cf. 1 Co 4,13; Flp 3,8)<sup>14</sup>. ¿Podremos decirles que utilicen sus bienes en limosnas cuando con fe ustedes han entregado al Señor no sólo sus riquezas sino también sus propias personas? ¿Será preciso exhortarlos a no entregarse a la gula y la ebriedad, cuando los vemos persistir sin cansancio en ayunos y vigiliass? ¿Vamos a predicarles el que huyan de disputas y querellas, cuando vemos que han abandonado la marejada de este mundo, lleno de peligros y agitada

<sup>13</sup> El texto de los sermones está tomado de la edición de Joël COURREAU, y Adalbert de VOGÜÉ: *Césaire d'Arles, Oeuvres monastiques, II*, Paris 1994 (SCh 398) 60 ss.

<sup>14</sup> Cesáreo, exhortando a los monjes, hace una revisión del compromiso monástico-bautismal que todos han hecho: despreciar el mundo y sus pompas. La renuncia a los bienes y propiedades (dar limosna) es como una consecuencia natural de las dos anteriores renunciass.

por enormes olas y que con fe y felicidad se han apresurado a encaminarse a este puerto, el monasterio?

### *Tomar la humildad como base*

2. Por supuesto, nos regocijamos de todo aquello que Dios ha puesto en ustedes y viendo todo lo que realizan fielmente con su gracia, no tendremos la temeridad de darles consejos: sin embargo hay algo, que sin riesgo de inconveniencia, podemos recomendar a su caridad y es: que aquello que con la inspiración de Dios ustedes han comenzado fielmente, lo lleven virilmente con su ayuda, a un glorioso término. Porque no es aquel que comienza sino *aquel que haya perseverado hasta el fin, será salvo*" (Mt 10,22)<sup>15</sup>. Y, puesto que con la ayuda de Cristo, ustedes han comenzado a construir el edificio espiritual, deben asentar sobre la roca (cf. Mt 7,25) los cimientos de la verdadera piedad, tomando la humildad como base. En efecto, todo edificio cualquiera sea su largo y su ancho, si carece de cimientos sólidos, cae y se derrumba. Y así pasa, hermanos bien amados, con la construcción espiritual. Cualquiera bien que posea el hombre si no quiere fundamentar los cimientos de una verdadera humildad, no podrá ser firme ni estable. Como dijo el Apóstol: *Nadie podrá establecer otros cimientos que no sean los ya establecidos, es decir Cristo Jesús* (1 Co 3,11).

### *Las dos ciudades*

3. Porque desde el comienzo del mundo se construyen dos edificios y dos ciudades: una la construye Cristo, la otra el demonio, una que construye aquel que es humilde la otra el orgulloso. Uno se hace humilde para levantarse más sólidamente, el otro se yergue para caer miserablemente. En la construcción de Cristo se construye empezando por abajo para elevar hasta la cima; en la construcción del diablo se empieza de la cima para precipitarse a lo bajo. Que cada cual entonces, hermanos bienamados, examine su conciencia y si constata que en él predomina el orgullo, que no dude que ha edificado desastrosamente en la ciudad del diablo y, más aún, que esté seguro que será precipitado abajo; por lo contrario si en él reina una verdadera humildad, que se regocije de haber edificado con Cristo y

---

<sup>15</sup> Cesáreo es considerado el Padre de la Iglesia que sintetizó la doctrina de la gracia, tan polémica en Occidente por los errores pelagianos, seguidos principalmente por monjes y en particular por los de la Galia. Esa polémica llevó a que el mismo san Agustín exagerase ciertas proposiciones que son llevadas por Cesáreo a un punto de equilibrio gracias al Concilio de Orange que él presidió en el año 529.

de tener la felicidad de estar unido a Él.

4. En efecto, los hijos de Dios y los hijos del diablo no se distinguen más que por la humildad o el orgullo. Todos aquellos que tú ves orgullosos, no lo dudes, son hijos del diablo. Y todos aquellos que ves humildes debes creer con toda seguridad que son hijos de Dios. Para que sepas con certeza que esto es verdadero, escucha la Escritura que dice: *Todo orgullo está en el origen de la apostasía, lejos de Dios (Si 10,14) y Aquel que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado (Mt 23,12)*. Porque aquello que el diablo ha arrojado abajo por el orgullo, Cristo lo ha vuelto a levantar por la humildad, porque a la herida del orgullo Él ha administrado el remedio de la humildad.

Escuchemos al Señor que dice: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29)*. No ha dicho: Aprendan de mí a construir el mundo, a resucitar a los muertos y a realizar otros prodigios, sino: “que soy manso y humilde de corazón”.

### *La humildad interior*

5. Ante todo, hermanos bienamados tengan humildad: no aquella que se muestra solamente de tiempo en tiempo, exteriormente, sino aquella que se conserva en la conciencia. Porque hay quienes tienen la costumbre de demostrar humildad por boca y corazón mientras reina una cierta tranquilidad pero si, como puede suceder, se levanta alguna tormenta de desgracias o escándalos, la boca no tiene freno y la cabeza se yergue, el orgullo escondido en el corazón surge por los labios. ¿Por qué mis hermanos ha pasado esto? Porque no existían los cimientos de una verdadera humildad, porque la humildad que anteriormente exteriorizaban no la poseían en el corazón. “Porque es por la plenitud del corazón que habla la boca”. Será en vano que busques alcanzar aquello que no quisiste tener como reserva cuando aún podías hacerlo.

Nuestros corazones, bienamados hermanos son como recipientes que no pueden de ninguna manera permanecer vacíos. Cada cual está repleto o de bien o de mal. Y así como al sacudir un vaso, nos damos cuenta de su contenido, pasa igual con el hombre, cuando es sacudido y esto sucede, por algún castigo o algún escarmiento, enseguida muestra su contenido, porque como he dicho *es por la plenitud del corazón que habla la boca (Mt 12,34)*. En efecto, aquella humildad que exteriorizaba anteriormente estaba sólo en la superficie pero no en su conciencia. Cuando se lo escarmiente con justicia, responderá con palabras muy amargas, con la furia de un tirano. Este orgullo no nace en ese preciso momento, pero es entonces cuando se manifiesta en toda su realidad. Porque ni la reprimenda, ni el santo castigo

son los que convierten en orgullo, sino que muestran lo que él era ya hacía mucho tiempo. Lo mismo sucede inversamente con el alma humilde y santa, aún si a veces, como suele suceder, recibe una reprimenda injusta -o justa- ella se humilla más todavía, bajo la inspiración de Cristo y proclama, por obra del Espíritu Santo, que está recibiendo menos de lo que merece. Y así, aquel que oculta el orgullo en su corazón, cuando se lo sacude espante un hedor espantoso mientras que aquel que es manso y humilde emite un agradable aroma.

### *No murmurar*

6. Seamos pues humildes, bienamados hermanos, no solamente con nuestros ancianos, sino también con nuestros iguales, con el temor de que Dios, que no tolera a los orgullosos, humille a aquellos que se yerguen y que aquellos que se han envanecido no puedan pasar por el camino estrecho.

Todas las órdenes de sus ancianos, recíbanlas como si vinieran del cielo, de la misma boca de Dios. No critiques nada, no discutas nada, en ninguna ocasión tengas la audacia de murmurar, porque tú has venido al monasterio para servir, no mandar, para obedecer más bien que para ordenar.

Considera como enteramente santo, justo y útil todo lo que te es ordenado a ti y a los otros. Y no sólo te esfuerces en impedir a tu lengua la murmuración que lleva a la muerte sino que tampoco escuches voluntariamente la murmuración de otros, trata más bien en la medida de tus fuerzas, de aplacar su cólera con tu consejo santo y benéfico.

Porque existen -lo que es desastroso- ayudantes del demonio: cuando ven a otros bajo la emoción de una gran cólera, se esfuerzan con sus venerables consejos en proporcionarles más material para arrebatarse. Estos están indudablemente del lado torcido y están hechos en esa ciudad condenada a la ruina que es la del diablo. Pero por la gracia de Cristo existen otros, de los cuales el Apóstol ha dicho: *Somos los ayudantes de Cristo (1 Co 3,9)*. Hay entonces auxiliares de Cristo; desde que se aperciben que el veneno del orgullo se infiltra en el corazón de uno de sus hermanos, se esfuerzan apresuradamente en contrarrestarlo con el remedio de una verdadera humildad. Y así como aquellos que incitan al mal, merecerán numerosos castigos tanto por su propia perdición como por la ruina de otros, aquellos humildes y buenos recibirán mayor gloria.

Aquellos se esfuerzan con sus malos consejos en matar a Cristo, no sólo en su propio corazón sino también en el de los demás, mientras que los santos, los humildes persiguen al diablo en sí y en los otros.

## *Dar buen ejemplo*

7. Debemos entonces, mis hermanos, como lo he aconsejado anteriormente, tener el coraje de la verdadera no de la falsa humildad y mostrarlo a todos, como un remedio y una luz brillante para que se cumpla en nosotros la palabra del Señor: *Que así vuestra luz brille ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los cielos* (Mt 5,16). Porque si no tenemos la caridad y la humildad verdaderas, no deberemos depositar todo nuestro apoyo y nuestra confianza en el hábito religioso que llevamos, para no ser como sepulcros blanqueados (cf. Mt 23,27). Que nadie abuse, mis hermanos, porque *nadie vive solamente para sí, ni muere sólo para sí* (Rm 14,7). En efecto, según la cantidad de personas que hayan recibido ejemplo de ti por una verdadera humildad y una perfecta caridad, habrá igual cantidad de personas con las cuales y por las cuales poseerás las recompensas eternas.

Pero si -Dios no lo quiera- te dedicas a imitar a aquellos que son modelos de orgullo, de cólera, de murmuración y de desobediencia, no serás sólo tú quien tendrá que soportar el suplicio de la gehenna, sino también todos aquellos que tu habrás destruido.

## *Obedecer a los ancianos*

Pero quizás tú te dices: ¡Verdaderamente son demasiado duros e inadecuados los mandatos de nuestros ancianos!. ¿No has leído: *Es a causa de las palabras de tu boca que he conservado estos caminos duros* (Sal 16,4)? ¿No has leído que *es estrecho y apretado el camino que conduce a la vida* (Mt 7,14)? ¿No has oído al Apóstol cuando dice: *Es por muchas tribulaciones que podremos entrar en el reino de los cielos* (Hch 14,22)? ¿No has oído decir al profeta: *Serás castigada con varas y látigo, hija de Sión, para que mi celo no se aleje de ti* (Jr 6,7-8)? ¿Y esto: *Aquellos que amo vuelvo a tomarlos y castigarlos* (Ap 3,19)? ¿Y además: *Dios castiga a todo hijo que aprueba* (Hb 12,6)? Y acaso si aquello que te es ordenado es duro, ¿es con la murmuración que podrás hacerlo más cómodo? Obedece con humildad pero si no eres capaz, pide perdón con humildad por tu incapacidad. Las órdenes de tu anciano te parecen duras: ¡pero cuanto más duros serán para ti los consejos del engañador!. Las órdenes de tus ancianos te parecen difíciles cuánto más duro lo que la avaricia ordena a sus seguidores.

¡Qué trabajosos y peligrosos son los caminos que ella obliga a soportar! Y puesto que esto se acepta, pacientemente, sólo por el dinero perecedero, ¿por qué tú no lo soportarías, en la paz de tu alma y para la vida

eterna? ¿No has leído: *Son mejores las heridas que inflige quién nos ama, que los besos engañosos de aquel que nos odia (Pr 27,6)?* ¿Y esto más: *Que el justo me corrija con misericordia y me haga reproches, pero que el aceite de los pecadores -es decir la adulación de los engañadores- no unja mi cabeza (Sal 140,5)?*

El anciano castiga para corregir, el diablo halaga para perder. Porque el consejo del diablo, como dice el profeta, *de momento resulta dulce y convincente: pero pronto se lo encuentra más amargo que la hiel (Pr 5,3-4).*

### Los dos caminos

En efecto, en muy poco tiempo el camino ancho, espacioso, conduce a la muerte a los orgullosos y voluptuosos y por lo contrario Cristo nuestro Señor conduce a la vida a los humildes y obedientes por el camino estrecho y apretado.

Estos dos caminos, el ancho y el estrecho, tienen un final y son muy cortos: sobre el camino estrecho no se sufre demasiado tiempo y en el ancho no se solazan tampoco mucho tiempo. De tal forma que, aquellos a quienes gusta el camino ancho y voluptuoso tendrán, luego de una alegría de corta duración un suplicio sin fin, en cambio aquellos que siguen a Cristo por el camino estrecho merecerán, luego de una breve prueba, alcanzar las recompensas eternas.

Si, en efecto, un laico, estando en el mundo tiene orgullo, esto será un pecado, pero si lo padece un monje es sacrilegio. Ustedes deben entonces mis hermanos, manifestar en sus vidas tanta santidad, justicia y piedad que sus méritos puedan no sólo ser suficientes para ustedes, sino obtenerles el perdón a otros pecadores en este mundo. Porque si no ponemos freno a nuestra lengua, nuestra vida religiosa no es verdadera sino falsa, y más hubiera valido no hacer votos que habiéndolos hecho, no cumplir lo que ha sido prometido.

8. Y si les doy estos consejos, hermanos, no es porque piense que ustedes son de tal especie. Es más bien con el espíritu de alguien que teme y no de alguien que reprocha, porque el Apóstol ha dicho: *Busquen su salvación con temor y temblor (Flp 2,12).*

No he dicho estas cosas porque ustedes las hagan, sino que les he dado estos consejos para que, si el diablo los sorprende, no caigan en ellas.

En efecto, tenemos gran estima por ustedes y pensamos más bien vernos ayudados por sus oraciones, de manera que en medio de huracanes y tempestades de este mundo podamos, gracias a vuestras súplicas, arribar al puerto de la verdadera felicidad. Enviándoles mis mejores saludos, les ruego encomendarme al Señor en sus santas oraciones y perdonar mi pre-

sunción, por caridad, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, a quién pertenecen el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## Sermón 234

### *Otro sermón de Santo Cesáreo obispo, a los monjes*

1. Al rebajarse con una humildad casi desatinada -que me perdone al decirlo- el santo y venerable Padre (¿Aregio?) me cubre de gran confusión. ¿Por qué en su admirable caridad quiere imponerme, qué digo, más bien arrancarme esto: que tenga a bien dirigir a vuestra santidad unas palabras de exhortación. Pero yo considerando mis méritos y los propósitos de vida de ustedes, pensando al mismo tiempo en la santidad de su vida y en mi propia conciencia, no sé qué debo elegir. Si guardo silencio, parecerá que desobedezco a la santa caridad, pero si me atrevo a decir algo, incurriría en poder ser acusado de temeridad. Me pregunto, mis hermanos, qué consejo podría darles yo, con mis palabras, cuando me regocijo al verlos realizados en sus obras.

¿Cómo un enfermo tendrá la audacia de predicar al sano? ¿Cómo podría enseñar a santos aquel que es culpable de innumerables negligencias? ¿Cómo un hombre somnoliento podrá despertar a aquellos que siempre velan? ¿Podría conscientemente alguien satisfecho por una permanente abundancia de alimentos reprender a los que ayunan? ¿Dónde un mendigo podría tomar el pan verdadero para distribuirle a aquellos que tienen hambre de justicia? Sobre qué, hermanos, ¿podré exhortarlos? ¿Les diré que deben despreciar el mundo cuando con todas las fuerzas de sus almas ustedes ya lo han arrojado con sus placeres? ¿Les diré que deben “arrojar las cargas del mundo”<sup>16</sup> cuando los veo despreciar todos sus anhelos con una ardiente piedad? ¿Les aconsejaré dar generosas limosnas, cuando ustedes han arrojado, lo sé, por amor a Cristo, todos sus bienes de este mundo y han ofrecido, lo veo, al Señor, no sólo sus bienes sino también sus personas?

¿Podría quizás predicarles humildad con respecto a vuestros vecinos y prójimos mientras ustedes se inclinan bajo el yugo de Cristo no sólo con fe sino también con alegría?

¿Podría recomendarles caridad cuando los veo amar no sólo a los amigos sino también a los enemigos? ¿O es preciso predicarles obediencia

---

<sup>16</sup> Tomado del apócrifo llamado *Visio Pauli*.

a ustedes que se esfuerzan por no realizar su voluntad sino las órdenes de Dios y de sus ancianos? ¿O bien podría exhortarlos a evitar la enfermedad de la cólera, cuando me regocija al verlos poseer el fundamento mismo de la paciencia? ¿Tendría la audacia de decir a vuestra santidad que no deben perder el tiempo en inútiles charlas, cuando los veo asiduos en la lectura, en la oración y en la meditación de la ley de Dios, día y noche?

### *El monasterio comparado a un puerto*

He aquí, entonces, hermanos muy queridos, la única cosa que me queda por decir: puesto que el Señor se ha dignado unirlos y ponerlos en este santo monasterio, como en un puerto de quietud y tranquilidad, como en un lugar paradisíaco, esfuércense en obtener por sus continuas oraciones que nosotros, que estamos continuamente azotados por el oleaje de este siglo y que navegamos peligrosamente sobre el mar de este mundo donde incontables tempestades nos agobian, podamos gracias al sufragio de sus oraciones, resultar vencedores de todos los embates de los vicios y llegar, bajo la conducción de Cristo, al puerto de la bienaventuranza.

Y allí, cuando en presencia del juez eterno, les sea concedida la corona de gloria, podamos nosotros también recibir al menos, el perdón de nuestros pecados.

### *Llamado a la perseverancia*

2. Sin embargo, para no parecer que desobedezco por completo a su santo Padre (¿Aregio?), me atrevo humildemente a darles este consejo: lleven una vida santa; ya con la ayuda de Dios ustedes son fieles en sus actos; que puedan perseverar felizmente hasta el final. Porque no será aquel que ha comenzado sino aquel *que ha perseverado hasta el fin el que será salvo* (Mt 10,22).

También es preciso que, formados en una vida santa, dotados asimismo de las incontables alas de las virtudes, cual palomas espirituales adornados con las perlas de las buenas obras, puedan ustedes decir con el profeta: *Si se me dan alas como de paloma, yo volaré e iré a buscar reposo* (Sal 54,7). Estos pueden alcanzar las alas santas si guardan con constante firmeza la humildad y la obediencia. Porque cualesquiera sean las buenas obras de que se está provisto, sino se poseen esas dos alas, que son las virtudes de la humildad y la obediencia no se podrá volar a las alturas.

Toda alma santa que desee huir o evitar los halcones y los gavilanes diabólicos que merodean a su alrededor es decir, los maléficos poderes espirituales, debe conservar en sí, con la ayuda de Dios, esas dos alas de las

virtudes que acabamos de mencionar. Porque ni la virginidad, ni las vigi-  
lias, ni los ayunos, ni siquiera la oración o la lectura podrán ser útiles a los  
servidores de Dios sino existe en ellos una obediencia perfecta y una verda-  
dera humildad.

### *La caridad, madre de todas las virtudes*

3. Sin embargo, que a nadie le parezca extraño que al alabar espe-  
cialmente la humildad y la obediencia haya omitido agregar la caridad,  
que es la madre de toda las virtudes. ¿No es así, mis hermanos muy queridos,  
ya que es evidente que la obediencia y la humildad son frutos de la caridad  
y cómo podrían existir sin ella, aquello que no puede absolutamente nacer  
más que de ella?

En efecto, nunca han existido, ni podrán existir, verdadera humil-  
dad, ni la verdadera obediencia sin la caridad; así como el fuego no puede  
absolutamente existir sin calor y claridad, tampoco la caridad puede existir  
sin humildad y obediencia. Observando una verdadera caridad y una per-  
fecta humildad y obediencia, no caigamos en la audacia de atribuirnos nada  
como proveniente de nuestros propios méritos.

Que nadie se enorgullezca de su esfuerzo personal, sino que depo-  
site su confianza en la gracia divina: que nadie crea que la virginidad, la  
lectura, la oración, las vigi-lias o el ayuno les proporcionará alguna ventaja,  
sino existen la caridad y la obediencia: ya que así como la carne no puede  
vivir sin el alma, lo mismo acontece con las otras virtudes, sin la caridad  
podrán tener una apariencia pero no podrá ser una realidad. Miremos, en  
efecto, lo que son los ayunos sin caridad: una lámpara sin aceite; podrá  
echar humo, esparcir mal olor, hediondez, pero no dará luz.

Por eso, como ya lo he dicho, no es preciso que les recuerde con  
largo discurso lo que con la gracia de Dios - lo sabemos- ustedes llevan a la  
realidad son sus obras. En efecto, aquello que ustedes deben pensar, decir y  
hacer, Dios se los sugiere y se los hace saber gracias a la lectura asidua.

### *Necesidad de combatir las faltas leves*

4. Y es así, si ustedes se esfuerzan en cumplir, con la ayuda de Dios  
todo lo que han leído, si ustedes aman de todo corazón su santo y venerable  
Padre, si observan una obediencia afectuosa y humilde a todo aquello que  
les ordena bajo la inspiración de Dios, entonces sin duda alguna, alcanza-  
rán felizmente con su Santo Padre, la beatitud eterna. Y puesto que, gracias  
a Dios, están protegidos y libres de toda falta capital, deben estar siempre  
alerta en lo que respecta a los pecados pequeños y leves. Los pecados de los

que hablo son aquellos de los cuales el bienaventurado evangelista Juan nos previene: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros (1 Jn 1,8)* y sobre esto está escrito: *El justo peca siete veces en el día y se levanta (Pr 24,16)*.

Estar exentos de crímenes, en efecto, lo podemos y debemos con la ayuda de Dios, pero estar exentos de pecados leves que nos irritan y nos punzan continuamente, como moscas que vuelan alrededor nuestro, eso ningún justo lo ha estado ni podrá estarlo jamás, como dicen las palabras anteriormente citadas: *El justo peca siete veces en el día y se levanta*.

En efecto, ya sea mediante un pensamiento, o voluntad, o por una palabra o un acto, o por una necesidad o por fragilidad u olvido, estos pecados nos sorprenden demasiado a menudo. Y aquél que no piensa más que en los crímenes mortales y se esfuerza solamente en combatir éstos, no prestando ninguna o poca atención a los pecados leves, incurre en igual peligro que si cometiera crímenes más serios. No desdeñemos entonces nuestros pecados cuando son leves, siendo éstos más numerosos, temámoslos, porque las gotas de lluvia también son pequeñas, pero siendo numerosas, aumentan el caudal de los ríos, derriban abajo las casas y a veces en su impetuosidad arrasan con las mismas montañas. Es de estos pecados que ha sido escrito: *Aquel que desdeña las pequeñas cosas se desmorona lentamente (Si 19,1)* y más aún: *Las faltas, ¿quién las discierne? (Sal 18,13)*.

¿Quién en efecto es capaz de velar sobre su corazón con tanto afán que ninguna palabra ociosa salga nunca de su boca? Y sin embargo habrá que rendir cuenta el día del juicio. ¿Habrá alguien que jamás haya mentido, cuando la Escritura dice: *La boca mentirosa acarrea la muerte del alma (Sb 1,11)*? ¿Quién será aquel cuya boca no haya proferido al menos alguna vez un insulto, cuando ha sido escrito: *Los que maldicen no poseerán el reino de Dios (1 Co 6,10)*? ¿Quién podrá tildar esos pecados como de pequeños o sin importancia, cuando la divina Escritura atestigua que seremos gravemente castigados por ellos?

En consecuencia, con la ayuda de Dios, mantengamos nuestro corazón alerta, según las palabras de Salomón (cf. *Pr 4,23*), a fin de que si no podemos evitar completamente los pecados leves y escapar de ellos, no nos veamos sorprendidos por ellos con frecuencia. Y cada vez que seamos vencidos, apresurémonos en expiarlos y rescatarlos con nuestro arrepentimiento y nuestros lamentos.

5. Al darles estos consejos, es evidente que estoy exhortando a su santidad superfluamente: pero con la gracia de Dios se cumple en ustedes lo que ha sido escrito: *Ofrece una oportunidad al sensato y lo será más (Pr 9,9)* y además *para que el santo se santifique aún más y que el justo realice más*

*acabadamente la justicia (Ap 22,11).*

En cuanto a mí, una vez más les suplico con toda humildad, me encomienden al Señor con sus santos y gloriosos méritos así como por las oraciones de ustedes, y que con tal asiduidad logre que, así como la santa vida de ustedes me regocija grandemente en este mundo, mis actos no los entristezcan en el mundo por venir.

Y que cuando de Dios, que es el justo juez, hayan recibido la gloria, pueda yo merecer obtener el perdón de mis pecados, por los sufragios de ustedes, como ya se los he suplicado anteriormente, por la gloria de nuestro Señor Jesucristo, a quién pertenecen el honor y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.